

tres lanzas que atravesaron el del ambicioso Absalon y le dejaron sin vida.

2.º El peligro de la vida.—La ambicion nos expone á un continuo peligro de perder la vida, como bien lo conoció Saturnino, que convidado á ceñir la corona del imperio, dijo: No sabeis, amigos, que mal es gobernar: las espadas y los dardos nos amenazan de continuo, están pendientes de un hilo sobre nosotros las lanzas y cuchillas, se teme á los mismos guardias, se desconfia de los mas íntimos cortesanos: no se toma el alimento por gusto, ni se emprende el viaje por voluntad, ni la guerra por conviccion, ni se empuña la espada por deseo. DREXEL. *Auriford.* III, 5.

3.º La cuenta estrecha que ha de dar.—*Prælati, si perversa perpetrat, tot mortibus dignus est, quot ad subditos suos perditionis exempla transmittit.* S. GREGOR. PASTORAL. V. Muy necio, pues, ha de ser el que, por satisfacer su vanidad, se expone á tener que responder de los pecados ajenos.

4.º El ejemplo de Jesucristo.—*Non enim debet discipulus esse super magistrum, nec servus major domino:* si Jesucristo, pues, fué *opprobrium hominum et abjectio plebis*, ¿cómo presumirá un cristiano elevarse sobre sus semejantes y dominarles?

5.º La propia indignidad.—Solamente á la virtud se debe de justicia la gloria; á ella sola se dispensa con acierto. La gloria ú honor sin virtud es injusta, es inconstante y peligrosa. Los romanos, aunque gentiles, dedicaron dos templos, uno á la gloria, otro á la virtud; pero nadie podia penetrar en el de la gloria ú honor sin pasar, primero, por el de la virtud: y con razon, porque siendo el honor un respeto exterior tributado á la bondad interior, y siendo la bondad hija de la virtud, claramente se infiere ser ésta el origen del verdadero honor.

AMISTAD.

I.

Qui timet Deum, æque habebit amicitiam bonam.

Quien teme á Dios, logrará igualmente tener buenos amigos.

(*Eccles.* VI, 17.)

Al oír las bellas frases con que los hombres ponderan la amistad, al escuchar los generosos ofrecimientos que mutuamente se hacen, los tiernos sentimientos de que á porfia se muestran animados; me inclino á creer, que es muy feliz y afortunada esa sociedad, que forma de tantos miembros una sola familia, y de tantos corazones un solo corazón. En efecto; ¿qué mayor dicha, que multiplicar los beneficios y aliviar los males de nuestros hermanos, tomando parte con ellos, así en lo próspero, como en lo adverso; comunicarles nuestras penas y alegrías, vivir nuestra propia vida y la suya, dando y recibiendo casi alternativamente una doble existencia? Por esto dijeron algunos sabios, que la vida nos sería intolerable sin los recíprocos auxilios de la amistad; que es muy desdichado el hombre á quien le faltan los amigos en la desgracia; y que la misma felicidad dista mucho de ser completa, si los demás no participan de ella. Mas al escuchar, de otra parte, las graves quejas de otros, al ver las agradables demostraciones de tal ó cual, que se titula amigo, pero cuyas obras son pérfidas; qué nada mas comun entre los hombres, que faltar á las promesas y violar los contratos; que son muy pocos los que al primer contratiempo no vuelven la espalda á los que consideraban como amigos; al ver, repito, semejante conducta, asáltame una triste, pero fuerte duda, y por poco me inclinaria á creer, que las selvas y los desiertos son mas propios para proporcionar la paz y felicidad al hombre, que no la sociedad civil. Y á la verdad; ¿qué condicion puede darse mas triste para el hombre, que tener que

sospechar siempre de sus hermanos, y vivir en un continuo temor de verse burlado, ó vendido, cuando ménos piense? ¿Y de qué sirven entónces los signos externos, destinados á manifestar los sentimientos internos, si se convierten en intérpretes engañosos, para embauca- á las personas sencillas é inexpertas? ¿A qué reglas será preciso atenderse, para que, bajo mentirosas apariencias, no se nos tienda una asechanza, y no se nos precipite astutamente en un abismo? Quizás á ninguna, que no sea la desconfianza, la sospecha, el temor. Y ya que los corazones nobles elogian tanto la amistad, ¿por qué apenas nos es dado contar de ella pocos ejemplos? Son muchas las uniones que llevan á cabo el interés, la vanidad, el placer; son muchas las prácticas officiosas de la urbanidad; son frecuentes los amoríos, pero muy raras las verdaderas, las santas amistades. ¿Sabeis por qué? Porque la verdadera amistad es una virtud religiosa. Escuchadme atentos, y comprendereis, que la amistad no consiste, como piensan algunos, en cierta conformidad de deseos, ó en una venal comunión de intereses, sino en una pura y leal armonía de ánimos para el bien de unos y otros, y, por lo mismo, es una verdadera virtud. Lo demostraré despues de implorar los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los que no reconocen otro origen de la amistad, que la necesidad ó la utilidad, y no la natural disposición del cariño y el amor á lo justo, demuestran claramente, que se han formado un triste concepto del corazón humano. No niego, que la utilidad, el provecho, puedan ser como parte integrante de la amistad; pero solo un ánimo injusto y mezquino en su injusticia confundirá el interés, que de la amistad pueda ó deba resultar con lo dulce, lo bello, lo mas precioso de esta virtud. La naturaleza, que nos inclina á querer bien á nuestros semejantes, es la que nos mueve á amar con preferencia á algunos, que, entre todos, saben conquistar nuestro afecto y cariño por su amabilidad ú otras circunstancias recomendables. Leyendo las historias antiguas, y los hechos de ciertos personajes, que alcanzaron gran fama por su talento ó por su virtud, nos sentimos inclinados á amarlos, bien que no podamos esperar de ellos beneficio alguno. No es raro, además, que algunos hombres ricos no solo de bienes del alma, sino de bienes de fortuna—y que por lo mismo necesitan ménos que otros del favor ajeno—busquen ansiosos la amistad, y hagan de ella un uso generoso. Puede, por consiguiente, el interés nacer de la verdadera amistad, mas no puede ni debe producirse; sino la buscamos, sino la cultivamos por lo que es en si misma, por la belleza de su índole, su fruto será de corta duración. Procura,

por su parte, deshonrar la amistad, quien busca amigos únicamente por su utilidad propia.

2. Para la amistad sólida es necesaria cierta igualdad de condiciones, así respecto de las prendas del ánimo, como de los bienes de fortuna. Y ateniéndonos á esta última, vemos, que las excesivas desigualdades contrastan con la dulzura de los mútuos auxilios; porque la ingrata opinión de su propia inferioridad en unos, y en otros la costumbre, aunque involuntaria de su preeminencia, les convierte recíprocamente en sospechosos ó exigentes, y, por lo mismo, mas incapaces de vivir familiarmente. Es muy difícil, que el superior sea fiel compañero del inferior; y por esto leemos en el Eclesiástico, CAP. XIII, 2: «Una buena carga se echa encima, quien hace liga con otro mas poderoso que él. No te acompañes, pues, con quien es mas rico que tú. ¿Qué sacará la olla de estar junto al caldero? Cuando chocare contra ésta, quedará hecha pedazos.» «El grande, continua el Eclesiástico, pintando al vivo las costumbres del siglo, se pondrá de buena gana en tu situación; si ve en ello su beneficio, te recibirá sonriendo, te dará esperanzas, y pródigo de buenas palabras te preguntará: ¿qué es lo que has menester? Te convidará á su mesa; te hará gastar cuanto tienes; y á la postre se burlará de tí; y despues, al verte, te volverá las espaldas, y meneará su cabeza moviéndose de tí.» Semejantes amigos, dice Job, se parecen á los torrentes; inundan en la primavera y están secos en verano. El verdadero amigo, empero, considera en el amigo otro yo.

Respecto á las condiciones del ánimo, será buena y sólida la amistad entre índoles que sean al mismo tiempo semejantes y diversas: semejantes en cuanto á la sustancia; diversas tocante á los accidentes. La semejanza de los sentimientos inspira confianza; la diversidad de comportamientos produce suavidad. Requiere, pues, unión, no unidad. En las amistades mundanas exige, además, cambio de alguna cosa presente con otra que tambien lo es; y ¡desdichado del hombre, que, para ser amado, como ama él, solo puede invocar el pasado! Muy pronto se adquiere el conocimiento de que, en semejantes contratos, no se admiten los recuerdos á igual precio que las esperanzas. Y si alguna vez los hombres, sin esperanza alguna se entregan del todo á otros, es efecto comunmente de alguna satisfacción del amor propio, ó de cierta sobreabundancia de su bienestar; porque siendo mas mimados de la fortuna, creen tambien que aman mas. Pero cuando sobrevienen grandes borrascas, cada uno se ase de la tabla que mas pronto le viene á mano, no se cuida de los

demas, sino de librarse del naufragio; y las amistades solo se reaniman al verse salvos en la playa.

Conviene, pues, que la conformidad se funde en la rectitud de los buenos sentimientos; porque la naturaleza nos concedió la amistad como un auxiliar de la virtud. De ahí se sigue, que debemos familiarizarnos con los que sean mejores que nosotros, y que posean lo que á nosotros nos falta, siendo virtuosos en lo que nosotros somos defectuosos. Las almas nobles se sienten naturalmente inclinadas á procurarse la amistad de semejantes personas, porque su corazón les induce á ser perfectas; de donde se sigue, que el ejemplo de los mejores nos da mayor elevación de ideas y comunica eficacia á nuestra voluntad. Así es, que no puede existir amistad entre los buenos y los perversos. Por esto se lee en el Eclesiástico, xiii, 21: «¿Cómo puede el lobo trabar amistad con el cordero? ¿Qué comunicacion puede haber entre un hombre santo y un perro?» Por otra parte, quien ama á otro, tolerando que obre mal, no le ama, sino que le odia. Tampoco existe la amistad, ni es posible que la haya entre los malvados; sus confederaciones son mas bien complots, que solo se sostienen mientras los une la esperanza del inícuo medro, ó el temor del castigo merecido. Hablando, empero, de una virtud, que se funda en el mútuo amor, sería tiempo perdido ocuparse en aquellos que, en realidad, no aman ni á los demas, ni á sí mismos, tales como los perversos, que viven tiranizados por alguna pasión. La amistad, por consiguiente, es la justa y perpétua comunicacion de la voluntad.

¿Qué diremos ahora de aquellas amistades, que se llaman simpáticas y galanteadoras? De seguro, que no pretendéis se confunda la amistad con el amor; porque aquélla es grave, sosegada, constante, dirigida por la razón; y éste es inconstante, voluble, esclavo de los sentidos y de la imaginación. No obstante, os gusta adornar la amistad comun, como la llamáis vosotros, con alguna dosis de cariño amoroso, que solo es dado lograr entre personas de distinto sexo, entre jóvenes corteses y de buenas costumbres. Semejantes amistades, continuais diciendo, ablandan la altivez del hombre y hacen mas respetable á la mujer, alivian el cansancio de uno, y disipan el fastidio de la otra, ocupan agradablemente en los pesados momentos de ocio, y adornan la cortés conversacion. Los corazones, deseosos de alimentos delicados, se libran con semejantes amistades de perniciosos deseos: adquieren los ánimos mayor elevación de ideas, se perfeccionan en una mayor delicadeza de sentimientos, y la misma virtud se enlaza y une con el cariño en una bella armonía. Así es como raciocináis vosotros. Pero si así es, ¿de dónde proviene, que

semejantes amistades no son duraderas nunca, ó muy raras veces? ¿Cómo es, que, con frecuencia, las rompen los celos furiosos y la pertinaz discordia? ¿De dónde proviene, que haya tan frecuentes escándalos, y murmure la vecindad? ¿Puede la virtud tan cercana á la tentación y á un peligro, que se busca y se ama, resistir siempre sin retroceder ó tropezar jamás? Leemos en los Proverbios, vi, 27: «¿Por ventura, puede un hombre esconder el fuego en su seno, sin que ardan sus vestidos? ó andar sobre las ascuas sin quemarse las plantas de los piés?» ¡Ah! seamos, siquiera una vez, ingenuos y veraces. Confesemos nuestra fragilidad, y no queramos insultar una virtud, que quizás no poseemos. Todas estas amistades no resisten por mucho tiempo la acostumbrada prueba; y bien que honestas, al principio, conducen poco á poco al pecado.

¿Cuál es, pues, la verdadera, la santa amistad, de que pretendo hablaros? Ya sabéis que la benevolencia, por sí sola, no es propiamente amistad, sino principio de ella, y que se convierte en amistad cuando es completa, recíproca y declarada. Ni es lo mismo amistad que buena armonía, porque, para que exista ésta, basta querer lo mismo; pero, para ser amigos, se necesita, además, que uno lo quiera para el bien del otro; de donde se sigue, que los amigos tienen siempre buena armonía, pero no siempre los que la tienen son amigos. Ni debe tampoco confundirse la amistad con la simpatía; porque ésta es hija de la inclinación, aquélla lo es de la voluntad; la una se complace en el bien ajeno, la otra se complace en ser su causa; aquélla gusta principalmente de las suaves impresiones que le produce la presencia de la persona amada; ésta no mengua por la distancia del objeto amado, y sobrevive á su pérdida. Es, pues, propio de la amistad, el procurarse mútuamente el bien. El verdadero bien del hombre consiste en el alma, no en la nobleza de la sangre, ó en lo elevado de la posición social, ó en la gentileza de la persona, ó en las riquezas. El verdadero bien del hombre es la virtud; y en procurar la virtud consiste la amistad, que no es otra cosa, que la conformidad de los ánimos perfectamente acordes en las cosas divinas y humanas. Dice el Espíritu Santo, Prov. xxvii, 19: «El perfume y los varios olores recrean el corazón: con los buenos consejos del amigo se baña el alma en dulzura.» Propios son de la amistad las discretas correcciones en la prosperidad, los suaves consuelos en la amargura, los generosos auxilios en la desgracia. En la adversidad es principalmente dulce la amistad, porque entónces es cuando el alma tiene mas necesidad de ternura. Las lisonjas, por el contrario, las adulaciones, la ficción y el

disimulo son el veneno mortal de la amistad. Es, pues, la amistad una virtud religiosa, que, proponiéndose el verdadero bien del hombre, ayúdale con medios eficaces á copiar en sí mismo la hermosa imagen de su principio, que es Dios; y á hacerse digno de unirse á él por su imitacion. Religiosa es la amistad; y del cielo vienen los magnánimos sentimientos y levantados propósitos con los que el amigo, que vive en otros y por otros, se eleva sobre sí mismo, y desprecia las comodidades y placeres, se olvida hasta de lo que le es necesario, arrostra los peligros y trabajos, soporta los desprecios y humillaciones, y sacrifica por el amigo su vida, si es necesario. Religiosa es la amistad en la mútua comunicacion de los secretos, y la fidelidad en guardarlos, porque esa comunicacion es el don mas precioso que un hombre puede hacer á otro; y esa fidelidad no tiene otra garantía que los sentimientos religiosos. Finalmente, es religiosa la amistad, puesto que nada la afecta tanto como la idea de un rompimiento, ó de perderla. Nosotros vivimos mas de lo futuro que de lo presente. Nuestra imaginacion no está nunca tranquila; suspiramos siempre por un porvenir lejano. Y aquellos mismos que se entregan hambrientos á los placeres presentes, sea cual fuere la confianza que tienen en sí mismos, esperan siempre los nuevos placeres, que les promete el día de mañana; y cuanto mas querido nos es un objeto, tanto mas procuramos con el deseo prolongar su fruicion, y apartamos horrorizados toda idea de que se nos pueda acabar. Decidlo sino vosotros, jóvenes amantes, decid, si en la mas ardiente embriaguez de vuestros amores no habeis mil veces pronunciado aquellas dulces palabras: ¡para siempre, para siempre! Decidlo, vosotros, si no jurasteis que seria indisoluble, eterna, aquella cadena de rosas, que, sin embargo, tan pronto habiais de romper. Unicamente la religion puede consolar al amigo en la amarguísima pérdida del amigo; esa religion, que cuida de nosotros mas allá del sepulcro, y nos asegura, que el amigo, que acabamos de perder, vive todavía, piensa en nosotros, y es solícito por nuestro bien. La religion, pues, la sola religion conserva, á despecho de los vaivenes de la fortuna, del trascurso del tiempo, y de las ruinas que amontona la muerte, los vínculos sagrados de la amistad, y los conserva por toda la eternidad. Allá en la mansion de la luz perpetua, en el seno de aquel Dios, que es seguro fiador de todos nuestros afectos santos y nobles, porque es amor infinito, y por amor crió las cosas y las conserva; allá arriba veremos otra vez á las personas amadas; y, en la eternidad de un gozo inefable viviremos juntos y felices con una amistad, cuyo centro será el mismo Dios.

5. Explicada la índole natural de la amistad, y constando, que es una virtud religiosa, no debe admirarnos si vemos tan pocos ejemplos de ella en la sociedad. Y, sin embargo; ¿quién no estima la bondad y belleza de la amistad? ¡Oh! ¿cuán dulce es recordar la amistad de Jonatás y de David? ¡Tiernos como de paloma eran los lamentos que exhalaba David á la muerte de su amigo! Montes de Gelboe, decia, ni el rocío ni la lluvia caigan ya sobre vosotros; no seais en adelante los campos de las primicias, puesto que allí es donde fué arrojado por el suelo el escudo de los fuertes. Nunca disparó flecha Jonatás, que no se tiñera en sangre de los heridos; que no se clavara en las entrañas de los valientes. Su andar era mas veloz que el del águila, mas robusta su fuerza que la del leon, y, sin embargo, era digno de ser amado mas que la mas amable doncella. ¡Oh Jonatás, oh hermoso mio Jonatás, cómo sucumbiste en la pelea! Yo te amaba del modo que una madre ama á su único hijo. II REG. I. No son ménos tiernas las expresiones que Ruth dirige á Noemi, quien queria persuadirla, á que se separara de ella por haber venido á ménos á causa de su triste viudez. ¡Ah! no me instes mas para que te deje, decia Ruth, porque á do quiera que tú fueres, he de ir yo, y donde tú morares, he de morar yo igualmente. Tu pueblo es mi pueblo, y tu Dios es mi Dios. En la tierra en que murieres tú, allí moriré yo; y donde fueres sepultada, allí lo seré yo igualmente. No me haga Dios bien, si otra cosa que la muerte sola me separare de tí. RUTH. CAP. I. ¡Qué ejemplos son estos, amados mios, de amistad verdaderamente celestial!

Debemos, pues, amar en el amigo su propio bien, el del alma sobre todo; amarlo de tal manera en la tierra, que podamos volverlo á amar para siempre en el cielo. Esta es la verdadera, casta y santa amistad, de la que se ha dicho: *Quien halla un amigo fiel, halla un tesoro*, ECCLES. VI, 14; y sabeis perfectamente, que los tesoros no se encuentran en las plazas, ó á lo largo de los caminos. Por esto, añade el Eclesiástico: «Si quieres hacerte con un amigo, sea despues de haberle experimentado, y no te entregues á él con ligereza. Porque hay amigo, que solo lo es cuando le tiene cuenta, y no persevera tal en tiempo de la tribulacion. Y amigo hay, que se trueca en enemigo: y hay tal amigo, que descubrirá el odio, las contiendas y los dicitrios. CAP. VI, VII.» Trata, pues, todas las cosas con el amigo; pero, antes que todo, trata de él: pues quien se fia de un falso amigo, puede muy bien compararse al que masca la comida con dentadura careada, ó anda con los pies lastimados. Por otra parte, «nada hay comparable con el amigo fiel; ni hay peso de

oro ni plata que sea digno de ponerse en balanza con la sinceridad de su fe. Bálsamo de la vida y de la inmortalidad es un fiel amigo: y aquellos que temen al Señor lo encontrarán. ECCLES. VI, 15.» Son, empero, muchos los que se dejan engañar por ciertas apreciaciones dudosas y falaces, por ciertas maneras finas y corteses, por ciertas atenciones y cumplidos de algunos, que se ofrecen por servidores, y poco ménos que por holocausto de todos aquellos que por casualidad encuentran. ¿Quién se ocupa hoy del honor, de la fe, de la virtud? Por esto vemos, que apenas adquirida la familiaridad con quien se muestra amable, algunos le reciben al punto por amigo; pero con la misma precipitación con que estrechan este lazo, lo rompen despues por aburrimiento ó desengaño. Toda amistad que no se apoya en la virtud no será duradera. Los que sois amigos de la mesa, del teatro, de la tertulia, aprovechad el tiempo, porque pronto se acabará vuestro gozo. Y de vuestra amistad no sacareis mas que amargura, vergüenza, arrepentimiento, y, por último, odio á todos los vínculos mas tiernos y justos.

Vosotros, oh jóvenes, sois los que debeis proceder con mayor solitud y exámen en punto á amistades; porque, fáciles, por una parte, en comunicar vuestro corazon, y faltos, por otra, de experiencia, os hallais siempre en peligro de dar un mal paso. La bondad de vuestra alma, la misma rectitud de intencion pueden á veces ser causa de vuestra ruina. ¿A cuántos de vosotros, que prometiais frutos de exquisita virtud, una falsa amistad os agostó en flor y marchitó vuestras mas bellas esperanzas? ¿Qué talentos! qué ingenios! Sin embargo, todo se ha convertido en hez y podredumbre. Amigos falaces indujeron á Absalon á rebelarse, y murió traspasado por una lanza. Amigos falaces persuadieron á Jeroboan, que aumentara los subsidios reales, y se le rebelaron diez tribus. Amigos falaces lograron, que el Hijo pródigo abandonára el techo paterno, y viose obligado á partir las bellotas, que eran su comida ordinaria, con los puercos que apacentaba. Asi que, si apreciáis la inocencia, la justicia, la conciencia pura, guardad vuestros sentidos, evitad la falsa amistad. Y si algunos perversos os dijeren: «Coronémonos de rosas antes que se marchiten: no haya prado donde no dejemos las huellas de nuestra intemperancia: ninguno de nosotros deje de tomar parte en nuestra lascivia: dejemos por todas partes vestigios de nuestro regocijo, ya que nuestra herencia es ésta, y tal nuestra suerte, SAB. II, 8:» «Ven con nosotros, pongámonos en acecho para matar al prójimo, armemos, por mero antojo, ocultos lazos al inocente, traguémosle vivo como traga el sepulcro los

cadáveres, y encontraremos toda clase de riquezas, y henchiremos de despojos nuestras casas; une tu suerte con la nuestra, sea una sola la bolsa de todos nosotros...: no sigas, hijo mio, sus pasos; guárdate de andar por sus sendas, porque sus piés corren hácia la maldad. PROV. I, 11.» Escucha mas bien lo que dice el Señor: Como roe la polilla los vestidos, así les roerá el gusano de la conciencia; pasarán «como el polvo que arrebató el viento; ó cual espuma ligera que la tempestad deshace, ó como humo que disipa el viento, SAB. V, 15»: la oruga se comerá lo que reste de sus haciendas; y «lo que deje la oruga, se lo comerá la langosta, y lo que deje la langosta, se lo comerá el pulgon, y lo que deje el pulgon, lo consumirá el añublo. JOEL. I, 4.» ¡Imágenes proféticas de castigos terribles!

¡Santa amistad, don del cielo! Haz que los hombres conozcan por experiencia el valor de tus beneficios; que conozcan y experimenten, que un amigo sin virtud, sin religion, no puede ser amigo verdadero de otro, ni debe prometerse verdadera amistad de los demas.

AMISTAD.

II.

Ab amicis tuis attende.

Está alerta en órden á tus amigos.

(Eccles. VI, 13.)

No hay cosa mas digna de alabanza, ni mas conforme, no solo á la razon, sino á la religion de los hombres, que la amistad bien entendida y tomada segun las verdaderas ideas que debemos formar de ella. Ella es, dice el Espíritu Santo, un tesoro de inestimable precio: es una proteccion contra la injusticia, un remedio contra los azares de la fortuna, un manantial de luces y consejos; es la

sazon de los bienes y la dulzura de los males. Todos estos provechos se siguen de la amistad; pero ¿quién pudiera creer, que de un árbol tan bueno pudiesen nacer frutos tan malos? Con todo, por un infeliz destino están expuestas á degenerar y corromperse las mejores cosas, como lo vemos en la amistad. Porque aun no hablando sino de las amistades, que parecen las mas honestas en la apariencia, y segun la opinion del mundo, hay dos especies, es á saber: amistades sólidas y amistades sensibles. Amistades sólidas, ó pretendidas sólidas, que no consisten en ciertos sentimientos tiernos y afectuosos, sino en una adherencia real y estrechez con la persona de un amigo, y en dedicarse de veras á su servicio. Amistades sensibles, que hacen una impresion la mas viva en el corazon, que le mueven y le aficionan; pero sin alterarle por otra parte, segun parece, de modo alguno su inocencia, ni hacerla salir de la regla de sus obligaciones mas rigurosas. Examinemos, pues, las unas y las otras del mismo modo que el mundo las imagina, las quiere, las autoriza, las prueba y las ensalza, hasta colocarlas en el grado de virtudes; y no dudo, que hallaremos muchos desórdenes y enormes abusos en la práctica. A lo ménos esto es lo que nos da demasadamente á conocer el trato comun del mundo, y esto es lo que voy á demostraros. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es por cierto un tesoro precioso el amigo verdadero y sólido: el amigo que, sin detenerse en palabras ni en pomposas demostraciones, ni en vanos sentimientos de una aficion y ternura pueril, obra eficazmente por su amigo en todas las ocasiones, y jamas le falta en las necesidades. Este carácter, propio de una alma bien nacida, nunca puede estimarse bastante. Este carácter, empero, tan estimable, tiene ciertos límites que el hombre no debe traspasar, y algunos extremos de los cuales debe huir: el mundo no conoce estos límites, ni huye de tales extremos; y, sin embargo, en esto consiste la perfeccion de la amistad. Porque ¿qué es un amigo sólido, segun las reglas y principios del mundo? ¿Qué es un amigo, con quien cuentan, en quien se hallan asegurados como de sí mismos, en quien confian sin reserva, y cuya rectitud, fidelidad y buena intencion no se sabe bastantemente ponderar? ¿Qué es, pues, pregunto, este amigo? Es un hombre, que se halla pronto y dispuesto á entrar en todos los intereses de su amigo, aunque sean los mas mal fundados y mas injustos; un hombre, que se halla dispuesto á tomar partido en todas las pasiones de su amigo, aunque sean las mas desordenadas y mas violentas; un

hombre, que se halla pronto á condescender con todos los errores de su amigo, aunque sean los mas falsos y los mas contrarios á la religion. Esto es lo que llama el mundo ser sólidamente amigo, y este es, segun el mundo, el modelo y ejemplo de los amigos: pero ¡qué desórden! Consideremos la cosa por menor, para descubrir mas claramente su ceguedad.

En primer lugar, toma partido en todos los intereses de un amigo, y cree que le obliga á esto especialmente su amistad. Esta es la primera máxima sobre que regla su conducta, y en la que, á su parecer, no hay cosa que no sea de razon. Mas porque los intereses de su amigo se hallan vinculados muchas veces á empresas del todo injustas, á pretensiones sin fundamento, á usurpaciones, á vejaciones, á sutilezas tramposas y á negociaciones contra todas las leyes de la conciencia, portándose como amigo, y cumpliendo, á su parecer con este oficio, llega á hacerse por esta amistad factor y cómplice de la maldad, de la intriga, del engaño, de la opresion y de los mas criminales y mas indignos procederes.

Pongamos un ejemplo, y supongamos, que un amigo se halla empeñado en un negocio, y que de este negocio se origina un pleito contrario á la justicia y á la razon. Desde el momento en que le tiene por su amigo, concluye que es necesario servirle y ayudarle; para cuyo fin no hay cosa que no ejecute, ni medio que no tente, ni industria que no emplee, ni crédito y favor que no apure. Al fin, á fuerza de diligencias se logra su intencion y sale el pleito bien: pero ¿de qué delitos no se halla cargado en la presencia de Dios, por haber apadrinado una causa, que condena á un mismo tiempo al que la ha ganado, porque le ha puesto en posesion de un bien mal adquirido; al que la ha perdido, porque le pone en una total desesperacion; y al que la ha juzgado, porque le hace faltar á su ministerio; y al amigo que la ha tomado con tanto empeño, porque se ha hecho responsable de todo lo que debia resultar de un proceder tan injusto? ¿No es esto lo que sucede todos los dias? ¿No son estas las pruebas que espera el mundo de una amistad verdadera y efectiva? ¿No son estas las que en su lenguaje llama obras de amigo? ¡Obras de amigo! Esto es, efugios, artificios, mentiras, engaños. ¡Obras de amigo! Esto es, robos, rapiñas, maquinaciones contra el pobre y el inocente, contra la viuda y el huérfano. ¡Obras de amigo! Esto es, inhumanidades, crueldades y tiranías.

2. Sin embargo, no ponderemos demasiado; y sin salir del mismo ejemplo y del hecho particular, que acabo de referir, exponámosle con términos mas favorables y sencillos. Ya sé, que en la

amistad de que aquí tratamos, se hallan diversos grados de abuso y de desórden. Tambien sé, que esta amistad mundana no obra igualmente en toda especie de personas, que no corrompe hasta este punto á todos los amigos, y que hay algunos de conciencia bastante timorata, que no quieren abandonarse abiertamente á desórdenes y excesos semejantes. Convengo en esto; pero, por otro lado, en la misma distincion que quiero hacer de estos grados diferentes, y aun en los mismos temperamentos que se toman, y en que creen poder mantenerse, sin exceder en algun modo sus limites, pretendo, que ninguno hay que se pueda justificar de manera alguna con el pretexto de amistad, porque ninguno hay que pueda concordarse, no solo con el mas exacto y riguroso cristianismo, sino aun con el mas moderado y ménos severo.

En efecto: los unos, aunque por otra parte no les falte probidad, se embarcan (permitaseme esta expresion) temeraria y ciegamente en la dependencia de un amigo, sin saber si le asiste ó no el derecho; sin informarse de su pretension, y aun sin quererse instruir, creyendo, que este respeto le es debido á la amistad. Y así dicen, este es mi amigo: me basta; porque yo supongo que es hombre de honor, y que, como tal, no emprenderia cosa alguna sino con razon; y le haria una grave ofensa en darle á entender en esto la menor duda, y en llegar á hacer algun exámen que le seria injurioso. De este modo es como discurren; y asegurados de este falso razonamiento, no dejan piedra por mover para favorecer á ese hombre, reputado como hombre de honor, ó supuesto como tal, y trabajan en su favor con el mismo ardor y celo, que si estuviesen convencidos de que tiene razon, y de que la justicia está por él. Pero pregunto, ¿es por ventura permitido el exponerse con tanta facilidad á violar la justicia, que de ningun modo conocen, y que puede ser se halle toda en la parte contraria, que está abandonada y oprimida? Dios tiene siempre la balanza en la mano para pesar lo que le toca á cada uno: ¿y sufrirá impunemente, que la equidad se exponga de este modo á las indiscreciones de una amistad celosa, que se entrega á todo sin distincion?

Hay otros, sin duda mas ilustrados, y les parece, que no se puede sostener la demanda del amigo, y así se guardan bien de defenderla; pues de hacerlo, les serviria de mucho escrúpulo, y aun quedarían deshonorados en el público y cubiertos de confusion. Pero, finalmente, ¿qué hemos de hacer, dicen ellos? Este es un amigo; se halla metido en un pantano ó en un negocio apurado, y la amistad pide, que se le saque de él lo ménos mal que se pueda. Y

hallándose ya resuelto de este modo á ayudarle, se imagina el expediente de procurarle un acomodo el mas ventajoso ó el ménos gravoso que pueda ser. La parte que se halla perjudicada tendrá que sufrir el daño, y á esto no miran de modo alguno, valiéndose de la máxima general, que les parece pueden seguir, y que aplican muy falsamente á la presente materia, de que en materia de acomodo es menester que cada uno ceda de su derecho, y que así las pérdidas como las ganancias se deben repartir igualmente. Pero si no consiente en esto la parte ofendida, si viendo este hombre las condiciones tan duras y fuera de razon que le proponen, rehusa sujetarse y las desecha, nada les importa; pues le harán tantas oposiciones, que le harán dar un consentimiento forzado, y, á pesar suyo, le atraerán á lo que se dirigian todos sus designios, que eran desempeñar á aquel amigo y librarle de un escollo en que iba á tropezar sin remedio. Concluida así la pretension, se aplauden mutuamente y se dan las gracias, y cantan el triunfo y la gloria.

3. Sirvamos á nuestros amigos; seamos celosos por sus intereses; pero sea con un celo arreglado, con un celo segun conciencia, justicia, razon y prudencia. Si en sus miras y proyectos se alejan de su obligacion, y se apartan del camino derecho y permitido, léjos de favorecerles y autorizarles, démosles á entender, que en semejantes circunstancias no deben contar con nuestras personas. Descubramosles con tanta firmeza y libertad, como caridad y dulzura, lo errado y extraviado de su pretension: procuremos apartarles de ella por nuestras representaciones y reprensiones suaves: y si nos oyen y se dan por convencidos, daremos gracias á Dios por su provecho. Pero si no nos escuchan ni oyen, quedaremos con pesar de ello; pero, por otra parte, con el consuelo de que, sin hacernos cómplices de sus malos designios é injustas pretensiones, hemos cumplido con una de las mas esenciales obligaciones de la amistad, que es advertirlos y darles buenos consejos. Este es el modo de ser, como debe ser un amigo verdadero.

Un amigo, segun las máximas del mundo, toma partido en las pasiones de un amigo, aunque sean las mas desordenadas y violentas. La complacencia mútua que hay entre los amigos, la conformidad de inclinaciones, la simpatía de genio, los mismos conocimientos, compañías y costumbres es lo que liga, une y mantiene la amistad. Pero con todo eso no debe pasar esta complacencia mas allá de lo justo; porque esta conformidad de inclinaciones, esta simpatía de genio, estos conocimientos, estas compañías, estas costumbres pueden ser muy perjudiciales, si no se limitan á ciertos